

El destino de la revolución

En el triste anticomunismo que viene padeciendo una gran parte del Occidente, la aparición de un ensayo serio sobre el aspecto ruso del fenómeno dictatorial, puede señalarse con piedra blanca. Tal distinción hacemos al ya famoso libro del yugoslavo Djilas (1).

La tragedia del hombre aplastado por la historia que él puso en marcha; abrasado en el fuego que encendiera su mano; inmolado, quizá, a una luz que sus ojos no verán nunca, ha quedado viva en dos de los grandes libros de nuestra época: el "Espartaco", de Koestler, y "La condición humana", de Malraux, a los que se unió el cine con un compendio para masas en la excelente película "¡Viva Zapata!". La auroral rebeldía del esclavo romano, el largo alumbramiento de la China de Mao y uno de los episodios que fueron dejando la semilla del moderno Méjico, el de la reforma agraria y el renacer industrial y cultural, sirvieron para configurar la estampa atormentada del *revolucionario*, uno de los grandes protagonistas de nuestro tiempo. El camusiano *hombre en rebeldía* es ya otra cosa. Camus viene de más lejos, mueve aguas más profundas y levanta por ello un muy distinto pánico. Después, el propio Koestler exalta la mística comunista, el sacrificio a la inexorable *dialéctica*, a la tiranía de la supuesta ley histórica, en "El cero y el infinito", tan apreciado por el conservadurismo de todos los países. Cuando hoy oímos a un intelectual del "Partido" su convicción de que él no puede durar, de que es tan sólo un escalón hacia el triunfo y será barrido tras la victoria, pensamos que su libro de horas pudiera muy bien ser el famoso *best-seller*, de Arthur Koestler.

Y ahora, con Djilas, volvemos a la realidad. Se borra el ímpetu, salimos del torrente, y a la lucha del hombre —vida, pasión y muerte— y el empuje del dogma, sucede la reposada consideración de una estructu-

(1) MILOVAN DJILAS, *The New Class. An Analysis of the Communist System* (Frederic A. Praeger; Nueva York, 1957). Todas las citas se refieren a esta edición original.

ra, de un producto, de un hecho. La revolución comunista, la más característica de nuestro tiempo, se ha decantado ya, se acerca a un resultado, como denuncia bien el aroma conservador que empieza a aureolarla. Con ello el círculo se cierra y el balance nos dice que podemos ya incorporar al esquema general de la dictadura una nueva forma, la del proletariado, ilusoria dictadura de masas convertida en el típico dictado de grupo, en la tradicional oligarquía, a veces reducida a instrumento del Uno, del tirano. El hecho revolucionario ha descrito así su parábola. Conocíamos sus supuestos y su dinámica; ahora nos es posible hablar desde la imagen acabada.

Entretanto, el mundo ha cambiado mucho. Pasó la época de la proletarización, que tuvo su momento álgido con los *frentes populares*. Desde ellos la curva desciende, por la victoria sobre la crisis económica y la acción sindical y parlamentaria. Los *préstamos* salvan, tras la guerra, el trance en que las estructuras sociales extremas parecían el único camino, y el mundo democrático conoce, en parte por la mutua colaboración, un clima de progreso material nunca soñado. De los demás países alguno queda adormecido en situaciones inestables, a la espera, una vez más, de su oportunidad, eterno perdedor de los trenes de la historia; mientras que los que se han decidido por la revolución socialista, bien desde un impulso interno, como en Yugoslavia, ya por la coacción y ayuda del ocupante, como en los llamados "satélites", cumplen rápidamente su evolución, los escalones del drama, espoleados por la experiencia y el ejemplo de la común "patria socialista". Y ésta, la URSS, ya gran potencia y nación industrializada, celebra los cuarenta años del régimen creado por Lenin con científicos fuegos de artificio y una sola aspiración, confesada y no poco paradójica: alcanzar la eficacia productiva y el nivel de vida de la gran democracia americana. Veamos más de cerca este proceso.

LOS "PARIAS DE LA TIERRA"

Los que hoy llamamos países atrasados sufren, desde que conocieron el verdadero alcance de la revolución industrial, la sensación de hallarse desconectados, varados en la historia. Nunca como aquí cierto el "o subir o baxar", pues su impresión es de retroceso, por el efecto, nada óptico, de contemplar el avance ajeno. La situación resulta sobre todo grave para los rodeados por el ejemplo vivo de pueblos de vanguardia y de ella nace el descontento, la idea de que es menester un salto gigante, una varonil zancada, que los sitúe de nuevo al par de la historia. Ello exige, como supuesto previo, la eliminación de cuanto vicia la estructura nacional y la hace inútil para la tarea planteada. En esta revisión pasa ante los ojos del hombre el estado de las ideas —religiosas, científicas, educativas—, que sirven de molde, impuesto o aceptado, a la sociedad de la que forma parte; y el de los instrumentos —capital, leyes, instituciones— que debieran ser clave de su mejora y bienestar. Advierte en las primeras el residuo medio fosilizado del sistema ideológico que en otro tiempo dic-

taron al pueblo los pequeños grupos o castas creadoras y monopolizadores de los secretos de la cultura, y ve cómo los sucesores del astrólogo caldeo, el levita judaico o el augur romano, le conminan a seguir encerrado en las costuras de un traje que es para él disfraz y camisa de fuerza; en los límites opresores de un *statu quo* dirigido a su conformismo y docilidad, y no a la perfección y libertad de su ser; al crecimiento y expresión plena de su espíritu, en íntimo intercambio vital con la sociedad de la que es miembro. En los segundos, contempla las riquezas naturales del país, sus fuentes de progreso económico —la tierra, las minas—, administradas como fincas de recreo por una clase detentadora que se limita a obtener de ellas lo suficiente para su solaz durante el año, con el visto bueno de una legislación de cátedra contemporánea de *Beatus ille* y la bendición de unos órganos de gobierno empeñados en la defensa de las venerables tradiciones de sus mayores, en administrar a los muertos, con mortal olvido de las exigencias de los vivos.

La forma política que abriga, defiende y perpetúa esta situación, puede ser dictatorial; una oligarquía en la que sobreviven los dos clásicos estamentos medievales, con la adhesión de grupos del gran capitalismo y elementos de ciertas profesiones e instituciones de lejana raíz aristocrática, o en los que predomina el sentido reverencial del poder. Puede, también, concretarse en una superestructura falsamente democrática, por cuanto el pueblo, mantenido en la ignorancia y la pobreza, es víctima del caciquismo e incapaz de ejercer sus derechos.

La subconsciencia de esta situación crea una verdadera angustia histórica, cuya expresión alcanza desde la lucha contra las formas físicas e inmediatas del sometimiento y la injusticia, hasta el obsesivo revisionismo de todo el pasado nacional, de los caminos que condujeron a esta vía muerta. Tal preocupación eleva a conciencia el desasosiego y cristaliza en un replanteamiento de la vida común sobre nuevas y más profundas bases de convivencia, en un nuevo proyecto vital, ante el que se alza el muro inmovible de la vieja estructura. Esta, convencida de que sus privilegios se identifican al bien común, no adelanta nunca una iniciativa de cambio. Puede, sí, ceder a la presión acumulada, con rapidez suficiente para que la senda reformista no aparezca como utópica, en cuyo caso nada se ha perdido. Puede, y esto es lo más seguro, responder sin más con la fuerza que detenta, segura de que su poder ha de predominar, como lo hizo en el pasado. La idea de la subversión empieza entonces a dibujarse con formas que alían la seducción de la venganza a la lógica del único camino.

El conservadurismo más clásico, en un alarde de falsedad al que es difícil conceder buena fe, reduce a cero todo esto, tan cierto, y habla de la *revolución* como del mal sobre la tierra, denunciándola, con gritos a lo Donoso, como una extraña invasión demoníaca, un nuevo cólera que se abate, desde oscuros avernos, sobre una humanidad feliz, sobre una *cristiandad* encarnación del ideal evangélico, vivero de almas para el Cielo. La revolución es, en sí, lo que ahora describo, y su necesidad y

sus caminos dependen más de quienes ya están que de los que en ella llegan (2).

Considerado históricamente el proceso revolucionario se cumple con menor roce cuanto mayor es su existencia en el tiempo. Es ésta una consecuencia natural, como lo es que el cambio político precede al económico y lo prepare. La madurez del medio para las distintas mudanzas es también factor importante en su desarrollo. Así, unas libertades políticas precoces, como las inglesas, habrán de sufrir todavía los embates de fanatismos religiosos o conceptos dinásticos arcaicos. Las sociedades que dejan transcurrir un período de cambio sin acusarlo en su estructura, acumulan en ella una carga explosiva, comprimen un resorte, y a esa fuerza expansiva vienen a sumarse las sucesivas inhibiciones. Con el tiempo el escalonamiento histórico del cambio llega a ser cero, la urgencia se unifica y llegaría a ocurrir, si ello fuera posible, que la transformación económica antecediese a la política. Pero ésta condiciona a aquélla, y la suma de ambas, dictadura y atraso económico, constituye el caso más grave, del que era ejemplo Rusia. En España, junto a una paulatina transformación política, subsistía el desequilibrio de la nonnata revolución económica. Esto mantenía una supervivencia de los viejos poderes, en cuyas manos seguía de hecho el control del proceso. El cambio de régimen sobre un pueblo que unía a la insatisfacción económica la ignorancia política, debía estancarse en aquella "República de trabajadores", de la que se burlaba Ilya Ehrenburg en 1932. Ajeno a su tímida reforma agraria y a su forcejeo con el conservadurismo más cerril, marchaba el torrente *proletario*, entonces en el cénit precursor de su actual ocaso en la Europa industrializada, azuzado por la presión económica y seguro de hallar la solución en la sola fuerza de sus manos.

ECONOMIA Y CULTURA

La revolución, ya fundamentalmente económica, entra en nuestro siglo girando en torno a la teoría suministrada por Marx. Los discípulos del gran analista no advierten, por razón de su proximidad, que su revolución se construye sobre otra ya en marcha y por tanto en terreno inestable. Las sociedades que, tras la liberación política, cumplen ahora la reforma económica, proseguirán su curso hasta superar las miserias iniciales del maquinismo y entrar a buen paso en el camino de la general prosperidad. En cambio, el esquema de Marx encuentra asiento en sus premisas naturales, las que ofrecen los países estáticos, anclados en una situación miserable, de la que sólo podría moverlos una palanca que no se halla en sus manos. En ellos lo económico tiñe definitivamente la inquietud revolucionaria, y los obreros mal pagados o los campesinos sin tierra, prontos a engrosar las miserables filas proletarias, abrazan como úni-

(2) Cf., sobre el papel de la obstinación zarista en el triunfo bolchevique, mi artículo "Democracia y revolución en la formación de la

URSS", *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político*, n.º 11/12. (Universidad de Salamanca, 1956).

co fin de su vida la lucha contra el sistema económico dominante y las clases que lo sostienen.

Claro que la motivación económica ha existido siempre. Cuando el tercer Estado aparece por vez primera en un Parlamento, en las Cortes leonesas de Alfonso IX, llega para discutirle al rey los tributos y los fraudulentos manejos en la acuñación de moneda. El hambre y el desbarajuste económico mueven a los súbditos de Luis XVI, aunque unos cuantos hombres provean a su protesta de doctrina para luchar por el fuero. El económico es el primer problema —no el más alto—, pues condiciona los modos de vida del hombre y con ellos el repertorio de posibilidades espirituales y físicas en que esa vida consiste. En los países más ricos y equilibrados, tal condicionamiento perdura, pero ya no es *problema*, aunque volverá a serlo apenas a la corriente serena de la vida mercantil suceda el torrente arrebatado de la crisis, en cuanto cada individuo haya de posponer los afanes que ahora le ocupan al primario, de alimentarse, vestirse y alojarse al nivel que su civilización le prescribe. La economía ocupa el centro de una muy íntima encrucijada del hombre y muchos de nuestros humanistas y filósofos harían bien en dedicarle alguna de esa atención que hasta ahora le han negado.

La verdad es que no se concibe un país próspero en el que no exista un gran desarrollo cultural. Lo que sí suele darse en esos países es lo que nuestros *espiritualistas* llaman una “civilización materialista”. A nuestros exquisitos del Palacio de la Música, que no aplauden por no estropearse la finura del tacto, puede horrorizarles la idea de los conciertos al aire libre, para millares de personas. A nuestros coleccionistas de encuadernaciones en piel, de tapas de libros que no han de molestarse en leer, les producen náuseas las ediciones de un millón de ejemplares, a precios para el limpiabotas o el chico de la tienda. A nuestros santos en potencia, les sobrecoje el que hombres y mujeres que pueden comprar libros, viajar, asistir a espectáculos, hacer deporte y estudiar si les gusta, deserten numerosos de prácticas, en las que buscaban un sustitutivo o el consuelo de males que ya no les afligen. Hay un miedo cómico a que manos groseras dejen caer la culturita de porcelana; un terror sacrosanto a que una civilización concebida como propiedad privada, se vea hollada por gentes ajenas a la familia. Pero yo me complazco en repetir (3) que el avance civilizador sólo es trascendente cuando encarna en las masas, sus naturales portadores históricos; y que si sus frutos mejores son obra de unos pocos, éstos ignoran su raíz y dimiten de su alta condición al pretender un goce autárquico de esa cosecha. Pero resulta fácil advertir que no son ellos, sino los grupos en situación económica y política privilegiada, quienes se apoderan de aquellas creaciones y las hacen objeto de un disfrute excluyente y vigilado. Esta es la imagen simple de todo el proceso económico, que a través de una ideación desdeñosa con la satisfacción

(3) Vid. “La filosofía política de *El espectador*”, *Boletín Informativo...* n.º 8/9 (Universidad de Salamanca, 1956).

de las masas, mantiene a éstas ajenas a los bienes del progreso y la cultura, retardando con ello el propio normal desarrollo de este perfeccionamiento social. Podría creerse que tal proceso es común a los pueblos europeos. Pero recordemos que algunos de ellos operan de antiguo sobre ideales materiales, compartibles e invitadores a la participación, mientras otros lo hacen sobre supuestos aristocráticos y místicos, excluyentes y engendradores de inhibición. Dejemos esta puerta abierta a la interpretación de nuestros lamentados tumbos históricos.

LAS "CONDICIONES OBJETIVAS"

Estamos, pues, ante países desgajados del ritmo histórico y cuyos pueblos conciben ya la revolución como un puro cambio en la estructura económica, previa remoción de los obstáculos que a ello se oponen. Tal estructura, propia de estos pueblos dormidos, registra la supervivencia de un fuerte carácter señorial, definido por la existencia de latifundios, mal cultivados por siervos o peones miserables y de pequeños núcleos mineros e industriales, debidos en gran parte a la iniciativa y el capital extranjeros. Los partidos revolucionarios, casi todos ya adscritos a la línea marxista, designan semejante orden, indistintamente, como "burgués" o "capitalista", identificando estas estructuras en marasmo con las dinámicas de los países industrializados. Tal confusión de lenguaje seguirá arrastrándose hasta nuestros días y producirá no pocos errores, algunos de difícil reparación. Lo cierto es que el "espectro del comunismo", de que hablaba Marx a mediados del siglo anterior, ya no ronda sino a estas sociedades amodorradas, pueblos sin esperanza, en clara bifurcación con los que tras doblar el cabo de las tormentas industriales sobre las que especulaba el sociólogo germano, avistan una nueva carretera hacia el progreso. La guerra se encarga de hacer difícil el camino; y, desorganizada la marcha por las dentelladas de la crisis, parece retornarse al esquema de Marx. La pugna se hace dura. Resisten los pueblos con más arraigada tradición de libertad, mientras aquellos de vida nacional más reciente se precipitan en el falso remedio dictatorial, a la larga tan caro. Será necesaria una segunda catástrofe mundial para volver a emparejar a estos países de vanguardia en la marcha hacia un mejor porvenir.

Al otro extremo de la disyuntiva hallamos a Rusia, la de la tradición nihilista; a España, la del insólito anarquismo. España no participa en la guerra. En Rusia, el conflicto es el gran catalizador, el vehículo sobre el que viaja la revolución. El despotismo sale derrotado política y militarmente de una guerra que incubó con amor, y en la que tantas esperanzas había puesto. En España, neutral, la presión política era mucho menor, diluída en una falsa democracia de votos comprados, en la que el sufragio no empezaría a tener significado hasta más adelante, cuando los problemas y posiciones en presencia superaron el ámbito del caciquismo local. Con todo, Lenín, triunfante con la obstinación zarista y la insuficiencia doctrinal de los partidos liberales, podía observar al otro extremo de Europa las "condiciones objetivas" para la siguiente revolución. Por su

parte, la empresa bolchevique, de liberación del yugo señorial y creación de un nuevo orden económico, lleva en su raíz un mal incurable, destinado a torcer sus destinos. Este cáncer es la exigencia, conforme al postulado marxista, de un nuevo sistema dictatorial. Así, lo que Milovan Djilas —y volvemos a su libro olvidado— nos trae sobre los avatares de la experiencia comunista, podemos ahora replantearlo como el efecto de prescindir de la libertad en el intento de superar uno de los *impasses* históricos que aquejaban a Europa.

EL GRAN PROBLEMA

No será necesario insistir en que los partidos que no están a la altura de los problemas planteados en una determinada coyuntura, padecen, por definición, de radical insuficiencia. Pues bien; el gran problema planteado a las naciones desfasadas de que nos venimos ocupando, es el de su transformación en países modernos, es decir, industrializados. Una lejanía de medio siglo convierte ya en brumosas las discusiones sobre países agrícolas e industriales. Para nosotros, la antítesis de país industrializado sólo puede ser país atrasado; y una floreciente economía agrícola será la que, mediante la mecanización, proporcione abundantes materias primas a su industria. Aquella especie de división del trabajo a escala internacional en la que una vez pudo pensarse, sólo es factible como reparto de tareas industriales; pues los productos se avaloran por lo que el hombre les añade, y los bienes primigenios están naturalmente muy por debajo de los transformados en la escala de la riqueza. El que vende naranjas para comprar relojes se condena, mientras la cosa dure, a pagar con el fruto de un año las proezas mecánicas de unas pocas jornadas.

La industrialización, columna vertebral del cambio, determina la mudanza económica y es catalizador de nuevos modos de esfera del vivir tan dispares como la administración; llevada a sacudir sus usos polvorientos, o la enseñanza obligada a abandonar rigideces dogmáticas opuestas con sus límites al espíritu de creación, audacia e inventiva. El progreso humano se realiza en función de este espíritu, del que unas sociedades se hallan mejor dotadas que otras; mientras algunos sufren de esterilidad, o esterilización, a manos del espíritu contrario, en ellas dominante. Pero, conductoras o seguidoras, las sociedades obedecen, con prontitud o pereza, a esta constante del progreso, en nuestro tiempo definida por los avances industriales. El marxista puro puede así ver en ello el resultado inexorable de la dialéctica histórica, moderna encarnación del *fatum*, a cuyo servicio se ponen los que conocen la verdad, mientras pretenden vanamente combatirlo aquellos que la ignoran. El movimiento bolchevique sería, pues, un instrumento de la fatal industrialización; pero un instrumento que, al cobrar conciencia de su importancia y su poder, ha gritado el "¡Non serviam!"

Surge así el apoderamiento descrito por Djilas; una situación en la que el *Partido* es soberano, con *jus utendi, fruendi et abutendi*, de los bienes nacionales. Pero conviene afirmar aquí que no se trata de los efec-

tos de la especial *maldad* de un grupo político en un país determinado, sino del resultado inexorable de la llamada "propiedad colectiva", esquema ideal en cuya concreción hallamos el ineludible manejo de los bienes nacionales por unas pocas manos, precisamente las de la fracción dominante, a cuya voluntad han de plegarse las demás. El contenido de esta realidad se identifica con el de los fascismos y los sistemas dictatoriales que les han sobrevivido: Una "unidad" ficticia, basada en la tiranía sobre los disconformes con las directrices del poder absoluto. Cuando el sistema es democrático, la gravedad desciende muchos grados, pero subsiste la faceta económica del problema. Porque resulta que la economía sólo tiene un camino, y su contrario, claro está. O productores y consumidores se mueven por el propio interés, definido en el precio libre del mercado, o lo hacen en contra de esta voluntad, siguiendo directrices estatales. El mover a los hombres contra el que es su deseo, obligándoles a aceptar tasas, racionamientos, cupos, privilegios y discriminaciones, engendra rebeldía, resistencia constante, simbolizada en ese crónico mercado negro donde toda inmoralidad tiene su asiento; y exige coacción sin reposo, gobierno policíaco en la esfera más vital del país, la que afecta a la población entera. Pero, ¿dónde estará entonces el poder democrático, obligado a oprimir a la mayoría de los ciudadanos, incluidos los que le votaron sin conocer el alcance de un programa económico del que esperaban sólo privilegios de clase o de sector?

La libertad política y la económica se condicionan. Lo que para la primera es el Estado de derecho, dentro del cual el individuo se mueve libremente en el campo acotado por la legislación democrática, son para la segunda las reglas del juego económico, encarnadas en el mercado libre, cuyas condiciones el Estado ha de propiciar y mantener contra los embates de toda laya, que empiezan en el monopolio, pero tienen otras infinitas figuras y disfraces. Lo demás es *intervencionismo*, economía estatal en grados muy diversos, a los que corresponde también una gradación en cuanto a los efectos calamitosos.

DOS EJEMPLOS

Aunque la economía estatal demostrase, lo que no ha hecho hasta ahora, ser capaz de algo más que de racionar la escasez; aunque llegase a producir riqueza para todos en la medida en que lo hace la economía de mercado, bastaría examinar el problema a la luz de la libertad para juzgar sin titubeos. Pero resulta, además, que los dos países cuyo florecimiento económico todos envidian, son a la vez los dos ejemplos máximos, y casi únicos, que en nuestro mundo ofrece la libre economía de mercado.

Norteamérica es el país que, como gusta de repetir Julián Marías, ha resuelto por vez primera en los anales de la humanidad, el problema de la miseria. El hecho es tan formidable que cuando la propaganda comunista se enfrenta con la economía americana, suele acusarle de haber padecido una crisis hace treinta años y... de tratar mal a los negros. Y, sin embargo, esta perfecta máquina, que movida por el interés individual ha

conseguido para todo un país inmensos niveles de vida, jamás soñados por el hombre, padece todavía un grado de intervención muy superior al que suele creerse, y ha de luchar con todos los resabios de estatismo heredados de la administración rooseveltiana. Limitándonos al ejemplo de la agricultura, a pesar de su elevada productividad y de que los alimentos son quizá, proporcionalmente, más baratos que nunca, el mantenimiento por el gobierno de precios ficticios, superiores a los del mercado, para una serie de productos agrícolas "protegidos", ha ocasionado, en solo seis años, un descenso del 23 por 100 en la renta agrícola y un excedente de 8.000 millones de dólares de inútiles cosechas en manos del Estado, que éste ha de ir colocando penosamente en sus operaciones exteriores, en lugar de intercambios, más beneficiosos para todos. Pensemos también en el enorme gasto público, en la gran masa de riqueza nacional que el gobierno arrebató a los particulares, a través de elevados impuestos, para emplearla en actividades empresariales que debieran serle ajenas y que se suman a los enormes desembolsos a que le obliga su posición en la política mundial.

Recientemente se habló mucho del amago de crisis sufrido por Norteamérica, donde las cifras de parados crecieron con cierta rapidez, hasta acercarse al 10 por 100 de la población empleada. Al agravarse estas dificultades, en marzo del pasado año, el mejor corresponsal extranjero con que hoy cuenta la prensa madrileña telefoneaba desde Washington: "Si la depresión continúa, con su peligroso impacto en los distritos agrícolas, el electorado se volcará en avalancha hacia los demócratas, porque ofrecen soluciones más radicales... No se encierra en la dogmática republicana de la libre empresa, los beneficios sin límite, el valor del dinero y los presupuestos nivelados... Las obras públicas en gran escala, patrocinadas por el Estado, como hizo el presidente Roosevelt en la gran depresión de los años treinta, serían probablemente un camino de recuperación, pero ello representa una fórmula de socialización que horroriza al capital republicano". Nos echamos a temblar. ¿Iría el gran país a sumergirse en una nueva marea de estatismo? Y, ¿no estaba, precisamente, en la intervención, el origen del mal que con ella se pretendía combatir?

En los países de más alto nivel de vida el papel de los Sindicatos se ve considerablemente reducido. Pero la burocracia sindical no se resigna a que su utilidad quede en entredicho y origina presiones extemporáneas sobre los salarios, alzas precipitadas, que las empresas aceptan por costumbre, aunque no correspondan a los índices de progreso económico. Ahora bien, este aumento en el precio del trabajo, al rebasar la capacidad de la demanda, hace que un cierto número de personas no encuentren pago para sus servicios. Los Sindicatos no ignoran esto. Saben que su acción producirá un cierto porcentaje de paro, pero esperan que lo resuelva el gobierno. Quizá sea mucho decir que también saben que el gobierno no podrá resolverlo. El sindicalismo de nuestros días ha de ser una fuerza técnica, que solamente recabe para sus miembros cuanto admitan las posibilidades del momento, a la vez que procura, por su intervención en la política económica, contribuir a ensanchar esas mismas posibilidades. El

viejo sindicalismo demagógico, hecho a partes iguales de coraje y desprecio por la ciencia económica, ha cumplido su función de galvanizador de conciencias y puede descansar en la historia, sin que sus manos pioneras dejen un grano más de arena en la fuerte y compleja maquinaria que está elevando a pasos de gigante el bienestar de la humanidad.

Y ya tenemos al gobierno enfrentado con la amenaza del paro y dispuesto a combatirlo. La receta se ha hecho clásica: "Dinero barato", es decir, créditos a bajo interés. Funcionan las máquinas de imprimir billetes y la "inyección de papel" acelera la circulación en el enfermo cuerpo económico y da al país la ilusión de una riqueza que no existe, puesto que nada se ha creado. Comienza la cadena de la inflación. Los precios suben, los salarios pierden valor de día en día. Son precisos nuevos aumentos, que acarrearán nueva amenaza de paro, resuelta con una multiplicación del crédito inflacionario. Así, hasta que la devaluación de la moneda, con su efecto sobre los ahorros y pensiones y el alza incontrollable de los precios, aconsejan el alto y aun la marcha atrás, la vuelta a la realidad económica, a un vivir desde aquello con lo que realmente se cuenta. El corte en los créditos hace que salte a la calle, con toda su evidencia, el paro disfrazado y acumulado en las sucesivas etapas de remedios artificiales. Llega el reajuste, tan penoso y difícil como fué fácil el camino de la inflación. ¿Habrà paciencia para esperar al fin del proceso, para no aventurarse de nuevo en alegres caminos sin salida? Creemos que en el caso norteamericano la respuesta puede ser ya afirmativa, para tranquilidad de cuantos luchan por mejorar la suerte de sus pueblos en un mundo más libre.

La Alemania de Adenauer es un ejemplo aún más puro de cuánto puede la economía en libertad. Ocho años le bastaron para alzarse desde la destrucción y el desmantelamiento casi totales a la cabeza de la prosperidad europea, con un exceso de capital en busca de mercados donde emplearse —los comunistas dicen, en este caso, que es un país "ahogado en dinero"—. Con un incremento en el salario *real* del 70 por 100 respecto a 1949; un jornal medio mensual de 480 marcos (6.900 pesetas), con cuarenta y cuatro horas semanales de trabajo, el 80 por 100 del salario neto en caso de enfermedad... y el 35 por 100 de la producción de automóviles adquirida por asalariados. Y todo ello en un clima de libertad económica que supera con mucho al de Estados Unidos; sin fijación de precios ni salarios; sin falsas cotizaciones de divisas, liberando el comercio exterior, e incluso suprimiendo las tarifas aduaneras, hasta donde lo permitían la oposición socialista y las ideas económicas de muchos hombres de la mayoría. Y, lo que es más, convenciendo casi a cada alemán, día tras día, de cómo y por qué ha de obrar de modo que las cosas marchen lo mejor posible, en una agotadora tarea que, pues el orondo fumador de puros que la lleva a cabo empieza a entrar en la mitología de nuestra época, bien podemos llamar "los trabajos de Erhard". El nos recuerda, una vez más, que de esta bella arte de la política, cuya materia son los hombres, no son dignos quienes aspiran a conducir borregos con un palo. En el complejo de las acciones y reacciones económicas juega, como ele-

mento imprevisible, la conducta humana. Y, frente al *laissez-faire* y los ukases, el ministro alemán opta por la presencia constante en la encrucijada donde se forjan las motivaciones psicológicas de individuos y corporaciones; por la diaria persuasión de los ciudadanos hacia el camino de su libertad.

EL MURO Y LA ESCALA

Ejemplos tan dispares de un "bienestar para todos" a través de la libre empresa, debieran bastar a quienes luchan todavía con el fantasma de un arcaico capitalismo, oneroso y expoliador. Enfrente, vemos la marcha atrás del laborismo británico en sus más caros ideales socializantes; la insupportable carga estatal que constituyen las empresas nacionalizadas francesas, incapaces de pagar salarios tan altos como los de la industria privada; el infructuoso debatirse del socialismo ruso durante cuarenta años, constelados de deportaciones en masa, genocidios y trabajo esclavo, para dar a su pueblo un nivel de vida semejante al de los grandes países de Occidente. Pero, en el camino marcado por aquella ejemplaridad, se alza para los rezagados de la historia, el escollo de la transformación del paso industrial. No es lo mismo industrializar *ahora*. Inglaterra pudo sacrificar su agricultura. Tenía todo un mundo, y en primer término el imperio, para darle cosechas baratas a cambio de sus máquinas. Hoy, el campo ha de transformarse al mismo ritmo que la industria y aún todavía por delante de ella. En la gran industrialización rusa, como en los balbucesos españoles, la agricultura, y sobre todo la ganadería han sido cenicientas despreciadas y en grave retroceso, por falta de fomento y a causa, en buena parte, del control estatal, que el campesino repugna sobre todas las cosas. Sufren también los países atrasados el problema del monopolio de la tierra, en regiones enteras, por supervivencias de la propiedad feudal o señorial, o del latrocinio puro y simple, que transformó derechos de señoría en dominio privado. Una redistribución de la propiedad rústica, que deje el latifundio en los límites ideales para una explotación racional, es condición indispensable al equilibrio de esas grandes masas de población condenadas al peonaje y al paro. Resulta fácil decir que deben incorporarse a la industria; pero no serán los hombres gastados por lustros de laboreo y hambre quienes vayan ahora a especializarse en una tarea industrial, sino sus hijos, los miembros liberados por la creciente productividad de las tierras familiares. Después, facilítese al campo máquinas, abonos, consejo técnico, y dejémosle producir lo que pida el mercado, a los precios que el mercado lo pague. Los resultados serían sorprendentes.

La transformación industrial se alimenta de capitales; no conoce otra fórmula. Por ello, cuanto se produzca en aumento ha de ir a ese pozo insaciable de la inversión, a la compra de bienes productivos. En medio de este mecanismo se halla el obrero. Sus jornales exigüos pueden doblarse, triplicarse, y aún habría de destinarlos íntegros al consumo, a las mil cosas que le faltan, desde el mejor vestido y calzado o la buena alimentación a esas

diversiones con que sueña y por las que siempre ha esperado. Pero no cabe ya exigir del miserable un día más en su miseria. No se puede pedir a nadie su esfuerzo y su entusiasmo en una tarea tan gigantesca como es la industrialización, poniéndole por todo incentivo una promesa; porque si ese hombre es libre, dirá que no, y pedirá desde ahora su parte, la que ve percibir a otros. El consumo debe aumentarse; y esto exige que aumente la producción de los bienes a consumir, invirtiendo en el empeño más capital, ese capital que no existe. Todos los ríos sociológicos, económicos y políticos, vienen a dar a este mar, que si hasta ahora ha sido en tantos países un Lago Asfaltites, algún día ha de empezar a removerse.

El miedo al capital extranjero es, a estas alturas, una supervivencia del nacionalismo político y sus veleidades autárquicas, complicada con las ideas socialistas sobre la materia y el recuerdo de la gestión casi colonial de grupos financieros sobre países de economía primitiva. Y en esto último conviene considerar una doble vertiente: Es cierto que la United Fruit Company no es el Gobierno de Washington y que todos sus millones representan una gota de agua en la economía de Estados Unidos; mas, para la pequeña Guatemala, los actos de la compañía frutera son los de un dios omnipotente que puede ordenar su riqueza y su miseria. Hay, sin duda, capitales peligrosos, como hoy lo son el norteamericano y el ruso. Cuando la actividad económica se alía con la preponderancia política, el peligro de coacción está siempre latente. Pero hay un capital privado europeo, alemán sobre todo, y a su lado el inglés y el francés; y existe, junto a ellos, la forma de que su participación equilibrada, en un proceso de industrialización, no conceda a ninguno la primacía suficiente para ordenar con ínfulas de monopolio. En realidad el gran peligro de la presencia de capital extranjero reside en la inmoralidad de los gobernantes. Pero en una economía no intervenida la acción gubernamental, con sus favoritismos y concesiones, se halla muy reducida, y en último extremo, mientras esa inmoralidad subsiste, ¿habrá algo que no sea peligroso?

Pero el capitalismo, aun vuelto de su sueño y sus errores, no puede cumplir solo y por su sola iniciativa, la tarea, que es compleja y ha de basarse en un riguroso equilibrio que evite el despilfarro, en una *planificación*, entendida como coordinación y fomento. El tanteo, la marcha en lanzadera, exige demasiado tiempo y no nos sirve. Se trata de una tarea urgente y de vida o muerte. En las filas capitalistas muchos piensan que como no se conseguirá nada es subordinando la iniciativa privada a los planes más o menos arbitrarios de una burocracia política. Tienen razón. Pero la unificación de energías y rutas ha de venir por otros caminos, de concitarse en una democrática mesa redonda de los sectores de la economía, aunque estructurada en torno al plan sugestivo de un partido, el que haya sabido plasmar mejor los anhelos parciales, y a veces nebulosos, de las fuerzas productivas en presencia. Es a la confianza política de una mayoría a la que habrá de seguir la amplia convocatoria de fuerzas e inteligencias de las que recibir, junto a nuevas orientaciones, perfiles y matices, los plenos poderes que exige la movilización hacia una nueva era eco-

nómica. La industrialización es una guerra, y el partido que, fiado en su mayoría, grande o pequeña, no sepa hacer de la oposición una fuerza colaboradora, demostrará no hallarse a la altura de las circunstancias y habrá de cosechar seguramente un gran fracaso. Pero el fracaso en esta empresa tiene mucho de crimen nacional y puede, como ningún otro, concitar los odios contra la fuerza responsable, ser su muerte política.

UNA DOBLE TAREA

Las estructuras económicas contra natura y las que pretenden conservar privilegios antiguos o modernos a través del inmovilismo, exigen igualmente la presencia de la tiranía. Hubo un tiempo en que la huida de éstas pudo hacer caer en aquellas, como sucedió en Rusia. Hoy la experiencia histórica, al menos en los pueblos occidentales, se ha enriquecido mucho y el muestrario de utopías practicadas *in vivo* ha alcanzado extensión y potencia suficientes para actuar como vacuna. Pero es, una vez más, el viejo "fantasma" del comunismo, con su ronda extramuros, el que ha venido a propiciar la continuación en muchos lugares del mundo de poderes arbitrarios, e incluso a movilizar para ellos la ayuda de pueblos que nunca los tolerarían dentro de sus fronteras. El resultado es que las descripciones de Milovan Djilas corresponden hoy a fenómenos observables a uno y otro lado de las alambradas de la guerra fría; que su informe sobre la tiranía socialista retrata con vivos colores situaciones arropadas sin rubor por el sedicente "mundo libre". Recordemos el cuadro:

El movimiento triunfador, convertido en clase dominante, elimina los grupos de oposición y acentúa el dogmatismo y el centralismo, sin mostrar ni una sombra de la preocupación de los antiguos regímenes revolucionarios por restablecer los derechos civiles. El poder legislativo permanece atado indisolublemente al ejecutivo. Leyes y garantías se dictan sólo para la propaganda exterior, pero carecen de vigencia o son suprimidas a voluntad por un simple orden. Un falso parlamento, compuesto por jerarquías del *Partido* y miembros de la clase dominante, se encarga de aprobar por unanimidad cuanto se le indica. El poder judicial en Rusia, unido al policíaco, es en otros lugares coaccionado o eludido.

Entretanto la nueva clase ejerce el doble monopolio económico —a través de la colectivización o la intervención— y político. El dictador interesa a sus miembros en el negocio de la industrialización, dándole fortaleza económica y convirtiéndola en meta de ambiciones. A la vez transforma el *Partido* en un instrumento incoloro, receptivo de las ideas del jefe o las del pequeño grupo que le rodea y le declara un semidiós, invulnerable al error. El sistema no puede llegar, ni aun queriéndolo, a un estado de derecho, pues un poder judicial independiente y el reinado de la ley, harían posible la existencia de una oposición. La mayoría de los condenados políticos son inocentes, con arreglo a los códigos, aunque opuestos al régimen. Fundado en la fuerza y la violencia y en conflicto constante con su pueblo,

tal estado debe ser militarista. El militarismo es una de las fuerzas que hacen posible la existencia, fortaleza y privilegios de la nueva clase. La inseguridad es el modo de vida del individuo bajo un régimen que sólo le da oportunidad de vivir si se somete. El descontento popular llega a ser total y hace que las diferencias de opinión se pierdan en la desesperación y el odio. La sola forma de resistencia que el Estado no logra dominar es la nacida de la insatisfacción por mil detalles cotidianos. El nacionalismo es utilizado para fortalecer, no la nación, sino el dominio de la clase.

En tal sistema son imposibles los sindicatos libres y las huelgas suceden muy raramente. El principal papel de los sindicatos gubernamentales consiste en propagar ilusiones y un hábito conformista entre los trabajadores. El monopolio de la propiedad y el gobierno puede impedir el colapso económico, pero no evitar las crisis crónicas. El dominio incompartido de un grupo, que planifica con arreglo a sus intereses, es lo que pospone indefinidamente el aumento del nivel de vida y el armonioso desarrollo económico. La razón más importante de esta posposición es la ausencia de libertad, que se ha convertido en el mayor problema económico y general. La política exterior aisló al país de los mercados extranjeros. La agricultura, que no independiza de ellos, fué relegada a segundo plano. La concentración de medios ha hecho que ciertas ramas industriales avancen con gran rapidez, pero el atraso de otras muestra que ese progreso no está justificado, desde el punto de vista total.

Y en el campo intelectual: "persecuciones, prohibiciones, imposición de formas e ideas, humillaciones e insultos; la autoridad doctrinaria de burócratas semiletrados sobre los genios; todo esto se hace en nombre del pueblo y para el pueblo". "La obra de arte, como crítica de una situación o estructura dadas, no puede abordar temas actuales. Sólo es posible aplaudir lo existente o atacar a sus enemigos". La persecución llega a hacer "que cada cual se autocensure, piense para el gusto de los jerarcas, como el escritor medieval pensaba para el de la Iglesia". "La oligarquía... lleva sobre todo a la corrupción... Ni las ideas ni los beneficios del intelectual o artista, pueden tener otra raíz y meta que el único poder existente. Al perseguir la creación libre y recompensar a sus sicofantes con premios, sueldos, cargos y embajadas; protege, en general a los sin talento, venales y vulgares. Los mejores espíritus llegan a perder dirección, fe y fuerza, y acaban a menudo en... la desesperación... o el desorden, si no pierden su integridad y su poder creador y pasan a mentirse a sí mismos y a los demás".

Así describe Djilas la estructura económico-social y política en que ha venido a dar la corriente que pretendió recoger el enorme ímpetu ascensional del hombre, con olvido de su componente clave: la libertad. Sus frutos nos desvelan el secreto de que la tiranía es una y la misma, y hay como un meridiano de la injusticia que serpentea, negro, sobre el mapa, enhebrando ese mundo donde el hombre es esclavo del hombre, comparsa y número en las decisiones de quienes encarnan la fuerza, materia prima para fines, si a veces de raíz ideal, siempre abocados, por ausencia de crítica y límite, al utopismo, la megalomanía y el latrocinio. La experiencia

clausura para siempre el camino de la creación de moldes previos en los que encajar, por la polda y el látigo, la fragante vida de los grupos humanos. Propongamos, con ademán gentil, la dirección contraria, aquella senda por la que cada hombre marcha, con buen deseo y mejor paso, en pos del propio ser, sin cómitres, murallas ni grilletes, sin más frontera que la Ley, entendida como consenso y obra de los claros varones en quienes todos dejan su cuidado. Sin caer por completo en el idealismo ante ese *universal*, que es la sociedad, evitemos que el pueblo, la masa, nos impida ver al hombre. Hagamos de la política el arte de modelar un ámbito en el que cada uno pueda buscar la más perfecta cualidad de sí mismo, caminar hacia un cielo personal y concreto, pues la sustitución de este ideal propio por los mitos ajenos es la gran estafa del tiempo, que ahora rinde cuentas.

Que en la base de este ámbito vive la actividad económica, única que a todos nos afecta, nos lo enseñaron, con distintas razones, Marx y los clásicos, con Smith a la cabeza. Aquél fundó, en miserias y dificultades transitorias, la necesidad de una ruta mesiánica, de esa "revolución" que hoy entrega sus armas, tras habernos legado muchas enseñanzas y no pocos estímulos. Vayamos a buscar, en quienes prefirieron la actitud más puramente humana, de indagar las razones sencillas de las cosas, la ciencia que nos haga comprender los motivos de nuestros semejantes, y alcanzar, como secreta clave de toda convivencia, la visión de los únicos paraísos, tras los que todos pueden unir sus voluntades.

CESAR ARMANDO GOMEZ